

los teatros, tan estrecha es vuestra penetración, que no habéis reconocido una por una en aquella galería ruidosa a las medianías de vuestro tiempo? ¿No es el *Rey Bobeche* la fantasmagoría cantada de vuestra realeza? ¿No es *Colchao*, de la *Bella Elena*, la mascarada de vuestro clero? ¿No es el general *Bum* la personificación de vuestra estrategia de salón? ¿No es el barón *Grog* la grotesca caricatura de vuestra diplomacia? ¿No es el trío de la conspiración la fotografía en cuplés de vuestras intrigas ministeriales? ¿No es toda la *Gran Duquesa* una burla implacable de vuestros ejércitos permanentes?

Vosotros reisteis perdidamente todas aquellas creaciones, y al hacerlo os reisteis de vuestra realeza, de vuestra diplomacia, de vuestro ejército, de vuestras intrigas, de vuestros cortesanos... Y con vosotros se rió todo el mundo: clero, nobleza y pueblo.

Sí, Offenbach; con tu mano espiritual ¿has dado a nuestra burguesía una bofetada? No; una palmada en la panza, al alegre compás del cáncán en una carcajada europea.

Offenbach es una filosofía cantada.

Portugal, no teniendo principios, o no teniendo fe en sus principios, no puede propiamente tener costumbres.

Fuimos en otro tiempo el pueblo de la sopa boba, de las procesiones, de la navaja y de la taberna. Se comprendió que esta situación era un envilecimiento de la dignidad humana, e hicimos numerosas revoluciones para salir de ella. Quedamos exactamente en condiciones idénticas. La sopa boba no acabó. No es ya, como antes, una multitud pintoresca de mendigos, beatos, gitanos, ladrones y bravos de oficio la que la va a buscar alegremente al mediodía; es una clase entera, de sombrero de copa y piletó, la que de ella vive.

Esta sopa es el Estado. Toda la nación vive del Estado. Desde los primeros exámenes en el Instituto, la mocedad ve en él su reposo y la garantía de su futuro. La clase sacerdotal ya no es reclutada por el impulso de una creencia; es una multitud desocupada que quiere vivir a costa del Estado. La vida militar no es una carrera: es una ociosidad organizada por cuenta del Estado. Los propietarios procuran vivir a costa del Estado, viniendo a ser diputados a 2.500 reis por día. La propia industria se hace proteger por el Estado, y trabaja sobre todo con vistas al Estado. El periodismo, hasta cierto punto, vive también del Estado. La ciencia de-



pende del Estado. El Estado es la esperanza de las familias pobres y de las casas arruinadas. Ahora, como el Estado es pobre, paga pobrementemente, y nadie se puede librar de su tutela para dedicarse a la industria o el comercio; esta situación se perpetúa de padres a hijos como una fatalidad.

El resultado es la general pobreza. Con su sueldo nadie puede ahorrar, pocos logran equilibrarse. De ahí que el recurso perpetuo sea la usura, y la deuda y la letra protestada constituyan los elementos regulares de la vida. Por otro lado, el comercio sufre de esta pobreza de la autocracia, y queda él mismo en la alternativa de acudir también al Estado o de caer en el proletariado. La agricultura, sin recursos, sin progreso, no sabiendo hacer valer la tierra, jadea al margen de la pobreza, y termina siempre por recurrir al Estado.

Todo es pobre; la preocupación de todos es el pan de cada día.

Esta pobreza general produce un envilecimiento de la dignidad. Todos viven en dependencia; nunca tenemos por eso la actitud que pueda sugerirnos nuestra conciencia, sino la actitud que nos aconseja nuestro interés. Se sirve, no a aquel a quien se respeta, sino a quien se ve en el Poder. Un gobernador civil decía: "¡Buena es ésta! Dicen que soy sucesivamente de los partidos regenerador, histórico y

reformista... Yo nunca quise ser otra cosa que gobernador civil." Este hombre tenía razón, porque cambiarse del señor Fontes para el señor Brahamcamp no es mudar de partido; los dos citados caballeros son monárquicos y constitucionales y católicos. La desgracia es que si en Portugal existiesen partidos republicanos, monárquicos, socialistas, aquel hombre, así como fué sucesivamente reformista, histórico y regenerador—esto es, las cosas más iguales—, sería republicano, monárquico y socialista—esto es, las cosas más contradictorias.

La familia es la primera en desmoralizarse en este sentido: "Quien cogió, cogió", es la voz doméstica. El individuo así rebajado, habiendo perdido la altivez de la dignidad y de la opinión, se habitúa a doblarse; se dobla delante del usurero, del tendero, del criado... Se dobla siempre; propone injusticias y las comete a su vez. Se extingue en él gradualmente la noción de lo justo y de lo injusto. Juzga el favor, la protección, la corrupción, funciones naturales y aceptables. No hay un solo juez en Portugal que no pueda contar que se le han perdido las cosas más monstruosamente inicuas con la sencillez con que se pide la lumbre de un cigarro.

El hombre, a medida que pierde la debilidad de su carácter, pierde también la individualidad de su pensamiento. Después, no teniendo que formar el



carácter, porque le es inútil y tendría a todo momento que humillarlo; no teniendo que formar opinión, porque le sería incómoda y tendría en todo momento que callarla, se acostumbra a vivir sin carácter y sin opinión. Deja de frecuentar las ideas, pierde el amor a la rectitud, cae en la ignorancia y en la vileza. No respetándose a sí mismo, no respeta a los otros; miente, traiciona, y si llega a medrar es por la intriga.

Las mujeres viven dentro de las consecuencias de esta decadencia. Siendo pobres, precisan casarse. La caza del marido es una institución. Las jovencitas son llevadas a los teatros, a los bailes, a los paseos, para mostrarlas, para lanzarlas a la busca. Se hace con la mayor sencillez este acto sencillamente monstruoso. Para imponerse a la atención, las jóvenes tienen sus *toilettes* ruidosas, sus peinados fantásticos, sus arias al piano.

Su ansia es el casamiento acomodado. Gustan del lujo, de la buena mesa, de las estancias suntuosas; un marido rico puede realizar esos ideales. Pero la mayor parte de las veces el sueño cae por tierra, y se casan con un empleado de seis mil reales al año. Aquello comenzó por el enamoramiento y terminó por el hastío. Viene la indiferencia, el vestido sucio, la cabellera despeinada... Las que por ventura

se casan ricas exteriorizan otros procederes: satisfechas las exigencias del lujo, aparecen las exigencias del temperamento.

Antes había la Religión. Pero hoy las mujeres creen de la Religión lo que es necesario para seguir la moda; creen apenas en la exterioridad del culto: novenas, fiesta de iglesia, flores y altares..., todo lo que excita los sentidos, exalta la sensibilidad, y no da una regla para el juicio ni un criterio para la conciencia.

La moda es la verdadera religión. La modista reina, lo absorbe todo, no deja tiempo para la menor ocupación o curiosidad del espíritu. Rara es la mujer que lee un libro. Rara la que tiene un interés intelectual...

¿Es esto por ventura dibujar a capricho un cuadro sombrío? No; describimos la acción de una ley general.

Por encima de todo, las mujeres virtuosas, las mujeres dignas, forman aún en la sociedad portuguesa una mayoría inatacable. Si alguna cosa profundamente verdadera podemos decir es... que ellas valen mucho más que nosotros.

Nosotros sí que somos abominables con nuestra caza a la heredera; y ése es hoy para el hombre el supremo motivo del casamiento. ¿En qué se ha convertido hoy la familia? La familia es el desastre



que le ocurre a un hombre por tener necesidad de un dote.

La gran cuestión es el dote. Mujer, hijos, parientes, criados, son las desagradables consecuencias que se sufren. Faltando de esta manera el lazo moral, la familia vive en el egoísmo. El hombre, irrespetuoso, se da al concubinato y al juego. La mujer, desocupada y aburrída, se da al sentimentalismo y a los trapos. Los hijos, si los hay, son educados por los servidores mientras no son educados por los cafés.

—¡Estoy aburrído!—es el coro general. Los espíritus están vacíos; los sentidos, insatisfechos. Gradualmente, con la voluntad enferma y el cuerpo enflaquecido, el hombre sólo procura distraerse, "matar el tiempo". Pero ¿en qué? ¿En la lectura? No se compra un libro de ciencia, ni un libro de literatura, ni un libro de historia. Se lee a Ponson du Terrail... prestado.

Al teatro no se le pide una idea; se quiere vistas, trajes y muebles, decoraciones. El espíritu tiene hasta pereza para comprender un enredo de comedia; se prefiere mirar, repantigado, haciendo la digestión de una mala comida, los bastidores pintados de *El rabo de Satanás*.

El paseo público es de un placer lúgubre. Es una oficina arbolada, donde se va a estar gravemente,

en silencio, con el mirar mortecino y los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Los cafés son taciturnos. Medio acostados sobre las mesas, los hombres toman el café a pequeños tragos o fuman calladamente. Las conversaciones se extinguen. Nadie posee ideas originales y propias. Hay cuatro o cinco frases, hechas hace mucho tiempo, que se repiten. Después se bosteza. Se reúnen cuatro personas; pasados cinco minutos y murmuradas algunas trivialidades, el pensamiento de cada uno de los conversadores es poderse librar de los otros tres.

Se perdió al través de todo esto el sentimiento de ciudadanía y patria. En Portugal el ciudadano desapareció. Y todo el país no es más que una congregación heterogénea de inactividades que se aburren.

Es una nación predestinada para la dictadura o para la conquista.